

MERCOSUR: ¿MERCADO EMERGENTE O DEPENDENCIA ECONÓMICA Y SUMISIÓN GEOPOLÍTICA RENOVADAS?

José Antonio Segrelles Serrano
Departamento de Geografía Humana
Universidad de Alicante (España)
E-mail: ja.segrelles@ua.es

INTRODUCCIÓN

El Mercado Común del Sur (MERCOSUR) fue creado, como es sabido, el 26 de marzo de 1991 mediante la firma del Tratado de Asunción por parte de los presidentes de Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, lo que sin duda constituye el proyecto internacional más relevante en el que se encuentran comprometidos estos países. Asimismo, en diciembre de 1995 se subscribió un Acuerdo de Complementación Económica entre el MERCOSUR y Bolivia como primera etapa para la creación de un Acuerdo de Libre Comercio entre ambas partes. En junio de 1996 el MERCOSUR subscribe otro Acuerdo de Complementación Económica con Chile con la intención de constituir un espacio económico ampliado y de libre comercio. En la actualidad, y tras algunos altibajos en sus negociaciones, Bolivia y Chile son Estados asociados al MERCOSUR.

El proceso de integración regional por el que se crea el MERCOSUR constituye una estrategia que responde a la lógica de las tendencias internacionales más recientes, caracterizadas desde las dos últimas décadas por la progresiva mundialización de la economía y la creciente liberalización mercantil a escala planetaria. Ello debe permitir, al menos en teoría, la consecución de una inserción mundial adecuada para estos países y mayor capacidad de negociación en los foros internacionales de la que es posible lograr a cada país por separado, pues la dura competencia existente en los mercados mundiales convierte la cooperación en un instrumento ineludible.

Durante la década de los años noventa del siglo XX, los países del MERCOSUR, sobre todo Argentina, Brasil y Chile, fueron catalogados como “mercados emergentes” por los países ricos, los organismos monetario-financieros y comerciales internacionales y la bibliografía al uso (Abadía, 1997; AA.VV., 1997; Horton, 1997; Pérez Lapazarán, 1997; Simonsen Asociados, 1998) debido a diversos factores: crecimiento regional del Producto Interno Bruto (PIB) y del comercio exterior, riqueza de sus recursos naturales, permisividad de sus legislaciones laboral y ambiental, bajos salarios, control de la inflación, estabilidad macroeconómica, consolidación democrática y aplicación masiva de políticas neoliberales, como por ejemplo privatizaciones de empresas estatales, desregulaciones, reformas cambiarias y fiscales, reducción del sector público, preeminencia del capital sobre el trabajo, liberalización comercial y financiera, entre otras estrategias similares.

Todo ello despertó el interés de los países desarrollados y de sus empresas transnacionales por la posibilidad de realizar en la región excelentes inversiones y negocios generadores de pingües beneficios. Sin embargo, el eufemismo de “mercados emergentes” no puede ocultar la dependencia en la que se encuentran sumidos los países del MERCOSUR y el dominio que sobre ellos ejercen las potencias centrales desde los tiempos coloniales, pues siempre ha predominado, y sigue predominando, un esquema de intercambio desigual en las relaciones económico-comerciales entre el centro y la periferia. El MERCOSUR continúa en gran medida representando su tradicional papel como fuente de aprovisionamiento de materias primas y productos agroalimentarios baratos para el mundo desarrollado y como receptor de productos manufacturados y servicios comercializables.

1. LOS ANTECEDENTES DEL MERCOSUR

Dentro de los antecedentes que han enmarcado jurídicamente este proceso de integración regional destaca la formación en 1960 de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), que más tarde, en 1980 y con entrada en

vigor en 1981, fue sustituida por la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI).

La ALALC tuvo ante todo un carácter comercial y consistió en un programa de eliminación arancelaria y de rebaja de las tarifas aduaneras para las importaciones procedentes de América Latina. Sin embargo, los intercambios mercantiles entre los países latinoamericanos no cambiaron de forma sustancial y continuaron representando una parte mínima del comercio total de la mayor parte de los países, mientras que el funcionamiento económico global de cada uno de ellos siguió articulándose en lo básico con las potencias industriales (Quartino *et al*, 1992).

La ALADI, por su parte, intentó profundizar los lazos económicos regionales e ir más lejos que la ALALC mediante la dotación de funciones que apuntaban a la promoción y regulación del comercio intrarregional, la complementariedad económica y el desarrollo de la cooperación entre sus miembros. Aunque el comercio entre los países de la región aumentó hasta comienzos de la década de los años ochenta, a partir de estas fechas los mercados de la ALADI perdieron relevancia frente al comercio individual de cada país latinoamericano con el resto del mundo, sobre todo con Estados Unidos (Quartino *et al*, 1992).

De forma más concreta, se puede considerar que el MERCOSUR tiene su origen en un proceso de creciente coincidencia económica, comercial y política entre Argentina y Brasil, núcleo fundamental del futuro bloque regional por las dimensiones físicas, demográficas y productivas y el peso político de ambos países. Los acuerdos bilaterales alcanzados en 1985 y concretados en la Declaración de Iguazú constituyen un hito del proceso de integración. En 1986 se firma el Programa de Integración y Cooperación Económica (PICE), que en los años sucesivos dio lugar a diversos acuerdos de tipo económico-comercial.

Otros antecedentes destacables, y más antiguos que los arriba mencionados, se encuentran en el Convenio Argentino-Uruguayo de Cooperación Económica (CAUCE), firmado entre

ambos países en 1975, y en el Protocolo de Expansión Comercial (PEC), firmado entre Uruguay y Brasil en 1976, debido a la creciente importancia absoluta y relativa que cobraba el comercio uruguayo con sus dos grandes vecinos hasta convertirse en sus principales socios comerciales.

Tanto el CAUCE y el PEC como los acuerdos entre Argentina y Brasil han sido el embrión y la base fundamental para el proceso de integración que después culminó con la creación del MERCOSUR a pesar de recorrer un camino plagado de dificultades y conflictos, muchas veces derivados de cuestiones de tipo administrativo, burocrático, monetario y cambiario, pero en otras ocasiones debido a problemas de orden político, económico y estratégico. Además de los tradicionales recelos geopolíticos entre Argentina y Brasil, se debe tener en cuenta la existencia en esta alianza regional de dos pequeños países, Paraguay y Uruguay, como socios de rango secundario a los que no les quedó más remedio que aceptar y plegarse a los acuerdos previos firmados por los dos grandes Estados de la región (Bayardo, 1997).

2. LAS INSUFICIENCIAS DEL TRATADO DE ASUNCIÓN Y LA ACTUALIZACIÓN DEL ANTAGONISMO ARGENTINA- BRASIL

En el Tratado de Asunción figura el propósito de los Estados firmantes de constituir un mercado común que debería estar conformado el 31 de diciembre de 1994, lo que se logró en la Cumbre de Presidentes de Ouro Preto (Minas Gerais, Brasil) con la aprobación del Protocolo de Ouro Preto por el que se establece la estructura institucional del MERCOSUR y se le dota de personalidad jurídica de Derecho Internacional, extremo que representa su habilitación para negociar y suscribir compromisos internacionales como una sola entidad.

El funcionamiento de un mercado común implica la libre circulación de los factores productivos, pero tanto el capital como el trabajo se ven constreñidos por las insuficiencias y omisiones del Tratado de Asunción. El problema laboral fue totalmente descuidado, pues de hecho no existen principios ni regulaciones acerca de la movilidad de los trabajadores y sus implicaciones sobre el empleo, ya que los cambios productivos y tecnológicos y los impactos regionales del proceso de integración afectan directamente al trabajador (Richards, 1995). Lo mismo se puede decir respecto al movimiento de capitales y a la legislación consagrada a regular el tratamiento común a la inversión extranjera. La igualdad de condiciones favorece sin duda a los países grandes, con un mercado más amplio, mayor desarrollo industrial y economía más diversificada, como sucede por ejemplo con Brasil frente a Paraguay o Uruguay.

Por estos motivos, no se puede hablar del MERCOSUR como un mercado común porque su existencia implicaría la libre movilidad de capitales y trabajadores entre los Estados miembros, mientras que una unión aduanera no tiene estas exigencias, aunque ambas figuras jurídicas coinciden en la adopción de un arancel externo común para todos los productos. En la Cumbre de Colonia (1994), los presidentes de los países del MERCOSUR decidieron que en enero de 1995 no habría un mercado común, sino una unión aduanera, aun manteniendo el objetivo de construir ese mercado común ya avanzado el siglo XXI. De momento, el MERCOSUR sólo es una unión aduanera imperfecta (Rodríguez, 1995).

Por su parte, los antagonismos económicos y geopolíticos entre Argentina y Brasil han sido una constante a lo largo del tiempo. Pese a esta rivalidad por la supremacía y el control de gran parte del subcontinente, sobre todo por lo que respecta a los países vecinos (Bolivia, Paraguay y Uruguay), los problemas derivados de sus enormes deudas externas y el consiguiente deterioro del nivel de vida de la población les ha llevado desde mediados de la década de los años ochenta del siglo XX a intentar atemperar las divergencias históricas e incrementar las relaciones comerciales, haciendo valer de este modo la

complementariedad de sus producciones. Para ello ha sido fundamental la creación del MERCOSUR.

La plasmación física de la rivalidad argentino-brasileña ha radicado siempre en la cuenca del Plata, área de más de tres millones de kilómetros cuadrados drenada por los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay que constituye la segunda mayor cuenca hidrográfica de América del Sur.

Buenos Aires se localiza en el estuario del Río de la Plata, donde desemboca una red hidrográfica que a grandes rasgos tiene una disposición norte-sur, y por ello, desde épocas históricas, fue un polo de atracción natural para las producciones y comunicaciones de toda la cuenca, en gran medida mediante el tráfico fluvial. No se debe perder de vista que en esta cuenca se encuentran las áreas de mayor dinamismo de Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, que albergan los aprovechamientos agropecuarios y agroindustriales más eficaces y de mayor proyección internacional, las principales urbes y los complejos industriales más potentes.

Previo a esta situación de hegemonía argentina, que se sitúa en la primera mitad del siglo XX, y durante la cual este país construyó unas eficientes redes ferroviarias y de navegación fluvial para exportar cereales y carnes, fue Brasil el que en el siglo XIX llevó ventaja al garantizar la independencia de Paraguay y Uruguay en un momento histórico en el que Argentina procuraba controlar todo el antiguo territorio del virreinato de la Plata.

Aunque Brasil ya comenzó a comienzos del siglo XX a esbozar una estrategia para separar a Bolivia y Paraguay de la órbita argentina mediante la creación de una red de carreteras en sentido este-oeste y la modernización de los puertos meridionales del país (Santos, Río Grande, Paranaguá), no se puso en marcha en realidad hasta la década de los años sesenta con la denominada “política de los corredores de exportación”, al amparo de un ritmo de industrialización y crecimiento económico más intenso que el de Argentina. Asimismo, un elemento notable de las estrategias brasileñas

fue la construcción de presas y centrales hidroeléctricas en colaboración con Paraguay, donde destaca la de Itaipu por sus características, dimensiones y trascendencia económica y geopolítica (Bacic, 1992; Correia de Andrade, 1999).

Como ya se ha mencionado arriba, los tradicionales conflictos geopolíticos entre Argentina y Brasil, que generaban antagonismos que emergían de forma más o menos explícita según la época, la situación económica de los contendientes y la correlación de fuerzas, han sido sustituidos actualmente por un periodo de colaboración y de crecimiento de sus relaciones comerciales en el seno del MERCOSUR. Con todo, los objetivos perseguidos por ambos países con la creación del bloque regional y las estrategias ejecutadas para lograrlos son diferentes, lo que refleja todavía la pervivencia de sensibles discrepancias de tipo económico y geopolítico entre los dos países.

Por su peso territorial, demográfico y económico, Brasil aparece como la auténtica “locomotora” del MERCOSUR, con claras pretensiones de liderar no sólo este proceso de integración regional, sino también los destinos políticos y económico-comerciales del futuro mercado común, así como su posible ampliación a otros países o bloques sudamericanos.

En este sentido, cuando se intentaban definir los objetivos finales del proceso de integración durante las negociaciones que siguieron a la firma del Tratado de Asunción hubo en el seno de los cuatro países firmantes opiniones discrepantes. Unos preferían la conformación de una mera zona de libre comercio con sus objetivos limitados, mientras que otros se decantaban por la creación de al menos una unión aduanera, puesto que ello implicaba un acuerdo más profundo que el anterior, facilita la complementariedad productiva entre los países y contribuye a que la región se encamine hacia la constitución de un área económica con entidad propia.

Algunos defensores de la zona de libre comercio sostenían que en el caso de necesitarse un acuerdo regional sería preferible que éste se realizara con Estados Unidos, integrando el NAFTA o el futuro ALCA. Este es el caso de Argentina, cuyo

gobierno concibió el MERCOSUR como una plataforma a partir de la cual llevar a efecto una profunda y generalizada apertura exterior que posibilitara la orientación de la economía del país hacia una especialización en la producción de bienes agrícolas y agroindustriales, petróleo, gas y algunas materias primas industriales. Ello permitiría el aprovechamiento pleno de las ventajas comparativas derivadas de la disponibilidad de notables recursos naturales.

Esta postura ha sido siempre rechazada de manera categórica por Brasil, país que ve en el MERCOSUR algo más que un mercado ampliado, es decir, tiene en él objetivos políticos y estratégicos a largo plazo y lo interpreta como un instrumento para lograr una negociación en mejores condiciones con otros bloques económico-comerciales (NAFTA y UE fundamentalmente) y como paso previo para la ulterior formación de un espacio económico sudamericano. Para conseguir dichos objetivos es necesario que existan políticas comerciales comunes y no de cada país por separado. Ello exige cuanto menos la creación de una unión aduanera, y si puede ser, un mercado común, pues una zona de libre comercio resulta muy limitada e implica para Brasil la posibilidad de contar exclusivamente con un mercado ampliado, sin que ello contribuya a mejorar la posición negociadora de la región ante otras áreas económicas que cada vez más tratan sus asuntos como bloques, sobre todo desde que la mundialización es un proceso que obliga a actuar de forma conjunta y coordinada.

José María Alonso *et al* (1995) afirman que con la formalización institucional del MERCOSUR como unión aduanera se disiparon todas las controversias regionales y se reafirmó la existencia de dos bloques principales en el continente americano: uno liderado por Estados Unidos, en el norte, y otro por Brasil y Argentina, en el sur. Pese a ello, lo cierto es que todavía perviven, aunque un tanto larvadas, las diferencias argentino-brasileñas por lo que respecta a cómo debe ser la inserción internacional del MERCOSUR y cómo perciben ambos países las futuras relaciones económico-comerciales en el continente americano. Sin embargo, y aun considerando a Brasil como el eje sobre el que evoluciona el MERCOSUR, las simetrías económicas y de capacidad

negociadora con Argentina son mayores que las que, por ejemplo, ofrecen entre sí los socios del NAFTA (Buxedas, 1994).

3. EL ALCA Y EL MERCOSUR: ¿ANTAGONISMO O COMPLEMENTARIEDAD?

Las necesidades del sistema capitalista y del proceso de mundialización abren escasas perspectivas para la configuración de bloques regionales conformados por países subdesarrollados, mientras que por el contrario se fomenta la cooperación económico-comercial entre bloques ricos (centro) y bloques pobres (periferia), puesto que aparte de ganar posiciones frente a los otros competidores directos de la denominada Tríada (UE, Japón y Estados Unidos), sólo de este modo puede funcionar, pero ahora de “mutuo acuerdo”, la vieja ley del intercambio desigual (Segrelles, 1999 b).

En este sentido, el proceso de integración regional más ambicioso por su magnitud y posibles consecuencias socioeconómicas es el que actualmente auspicia Estados Unidos para crear el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), que debería culminar hacia el año 2005. El origen de esta estrategia radica en el plan denominado Iniciativa para las Américas, que se hizo público en junio de 1990 por el entonces presidente de Estados Unidos George Bush, y cuya esencia apuntaba a la creación de una zona de libre comercio común entre las tres Américas, es decir, desde Alaska hasta la Tierra del Fuego, con la excepción de Cuba. En junio de 1991, tres meses después de la creación del MERCOSUR, los países miembros firmaron un acuerdo con Estados Unidos (Tratado del Jardín de las Rosas o “4+1”) (Arce, Rocca y Tajam, 1994) por el que se ratificaba la voluntad de eliminar trabas aduaneras mutuas al comercio y a la inversión. En este contexto, no faltan autores (Quartino *et al*, 1992) que destacan la creación del MERCOSUR y de otros bloques latinoamericanos como el necesario paso previo, dentro de las estrategias estadounidenses, para la conformación de un área de libre comercio continental mediante la adhesión, a modo de *puzzle*, de los bloques preexistentes.

De este modo, pese a la existencia de ciertas reticencias por parte de diferentes grupos de agentes socioeconómicos, tanto del norte como del sur de América, y de opiniones que afirman que las integraciones regionales en América Latina implican contradicciones con los intereses de Estados Unidos, parece obvia la estrecha relación que hay entre el MERCOSUR y el futuro ALCA. Es más, es inevitable pensar, a la luz de la experiencia histórica, que cualquier integración regional latinoamericana es un eslabón de una misma cadena que se dirige a una creciente articulación comercial de los países de América Latina con Estados Unidos, dándose así la aparente paradoja de que el acuerdo regional que condujo a la formación del MERCOSUR puede alejar a los pueblos del sur de un verdadero proceso de integración. La influencia de Estados Unidos en algunos países de la región parece lo suficientemente importante como para neutralizar cualquier iniciativa de integración que fuera antagónica con sus proyectos económicos y geopolíticos (Segrelles, 2002).

Estados Unidos no puede supeditar sus políticas nacionales e intereses económicos, estratégicos y geopolíticos a las limitaciones que desearían los países subdesarrollados integrantes de un área de libre cambio común. De ahí que el ALCA, igual que el NAFTA con anterioridad, no tenga en cuenta la posibilidad de formular políticas mercantiles, tributarias o cambiarias comunes, ni tampoco el libre movimiento de personas. La máxima concesión hecha por Estados Unidos se refiere sólo a la movilidad de las mercancías y los capitales, que en realidad es lo único que le interesa.

El camino para la configuración del ALCA, pese a la reciente autorización de la Cámara de Representantes estadounidense, encuentra muchos obstáculos, sobre todo por lo que se refiere a los productos agropecuarios. Aunque muchos empresarios y exportadores latinoamericanos apuestan por el establecimiento de la total libertad comercial entre las tres Américas, son múltiples las voces que se alzan contra la liberalización que supone el agravamiento del desempleo, salarios cada vez más bajos y, en definitiva, mayores desigualdades sociales y económicas.

A este respecto, Brasil, con ambiciones de liderazgo frente al resto de economías regionales dependientes de él, sobre todo por su enorme mercado interno, es muy reticente a la apertura total de ese mercado a Estados Unidos, puesto que ello puede poner en peligro sus proyectos nacionales y regionales a largo plazo, estrategia histórica que caracterizó a las elites y gobiernos brasileños hasta en las épocas de dictaduras militares. No obstante, este país considera que llegado el caso, aunque nunca antes del año 2005, las negociaciones del ALCA deberían realizarlas todos los países del bloque regional en conjunto, mientras que Argentina ha defendido hasta ahora la postura estadounidense de acelerar la firma de tratados bilaterales de libre comercio, postura también secundada por Chile.

En un artículo de M. G. Wilson, citado por Martín Buxedas (1994), que publicó en 1994 la Heritage Foundation, se dice, en concordancia con el pensamiento del ex presidente William Clinton, que el acuerdo de Estados Unidos con México y Canadá en el marco del NAFTA es sólo un primer paso para luego afrontar con urgencia nuevos tratados, seleccionar países, darles un tratamiento parlamentario rápido, realizar negociaciones individuales con cada país y establecer un itinerario para crear un zona de libre comercio hemisférica. Es por ello por lo que debe actuarse con rapidez para apoyar el mercado libre y las revoluciones democráticas en América Latina, ya que de otro modo, si sobreviene la indeferencia y la inacción por parte de Washington, podrían llegar las reformas a todo el continente y darle nueva vida al populismo y al ultranacionalismo en la región, según la opinión de M. G. Wilson.

Asimismo, la solución para los problemas comerciales de Estados Unidos pasa por vender más bienes de capital en Latinoamérica. La importancia que tiene el subcontinente para Estados Unidos se percibe mejor si se tiene en cuenta que la suma de las tres fuentes de ingresos extraídos de América Latina (intereses, rentas y excedentes comerciales) le permite compensar parcialmente los desequilibrios comerciales que representan los intercambios deficitarios con Alemania y

Japón. La eliminación de las barreras arancelarias auspiciadas por la OMC y los acuerdos regionales enmarcados en la mencionada Iniciativa para las Américas han supuesto la rápida recuperación del saldo comercial estadounidense durante los últimos lustros. De ahí el interés por crear un área de libre comercio continental y la rápida difusión del concepto de “mercados emergentes” para designar a algunos bloques regionales latinoamericanos, como el MERCOSUR.

Del mismo modo, la creciente actividad de los inversores españoles, franceses, alemanes, británicos, italianos y holandeses, que durante la década de los años noventa adquirieron sectores estratégicos de la economía privatizada latinoamericana, sobre todo en el MERCOSUR, es lo que lleva a Estados Unidos a intentar un cambio en sus estrategias tradicionales, basadas de manera esencial en el establecimiento de regímenes clientes y en el expolio de sus recursos naturales, para perseguir ahora una integración a gran escala de las economías hemisféricas subordinadas. Es en este contexto en el que brota la idea de crear el ALCA, un mecanismo que permitiría desbancar a los competidores europeos y consolidar así su histórico control sobre la región.

En definitiva, el ALCA, junto con los denominados Plan Colombia y Plan Puebla-Panamá (Moro, 2002), aparece ante todo como un proyecto estratégico y hegemónico de Estados Unidos para consolidar su dominio sobre América Latina y el Caribe (Petrás, 2002), ampliar sus fronteras económicas, asegurarse un mercado cautivo y reducir de forma indefinida a los países del continente a la condición de meros productores de materias primas y fuentes de mano de obra barata.

PERSPECTIVAS DEL MERCOSUR

Tal vez sea prematuro establecer juicios de valor definitivos sobre el futuro del MERCOSUR, pero la enseñanza que proporcionan los procesos históricos conocidos y la evolución actual de los acontecimientos políticos, estratégicos, económicos y sociales impiden el ejercicio de un abierto optimismo, tanto por lo que respecta a la propia supervivencia

del bloque como por lo que atañe a la consecución de un desarrollo sostenible, una equidad social sin fisuras, una erradicación de la pobreza y un bienestar duradero para los habitantes de los países que lo conforman.

La mundialización es en sí misma contradictoria al dejar amplios territorios al margen del nuevo orden y excluir grandes grupos humanos cuyo valor como consumidores se considera nulo. El MERCOSUR y América Latina sufren de forma directa las consecuencias de este contexto económico global, ya que con denuedo y grandes esfuerzos intentan conseguir una inserción óptima en la economía y el comercio internacionales, aunque lo cierto es que su papel, tanto en el capitalismo histórico como en su nueva faceta mundializada y neoliberal, se reduce a ser meros espectadores dependientes, permaneciendo en el lugar que desde hace siglos les fue asignado en la división internacional del trabajo por parte de los centros de poder y decisión capitalistas (Segrelles, 1999 a).

De este modo, en la actualidad se sigue cumpliendo la clásica teoría de la dependencia o del intercambio desigual entre el centro y la periferia, lo que constituye el marco idóneo para comprender la situación actual y previsible futuro del MERCOSUR, pues la forma en que un país o conjunto de países est n integrados en el sistema capitalista mundial es la causa fundamental de sus problemas y dificultades para desarrollarse y garantizar el bienestar de la población.

Aunque haya opiniones que resalten el potencial modernizador, el acceso a la renovación tecnológica y la expansión económica y comercial que puede representar la creación del MERCOSUR, lo cierto es que no se puede olvidar que la dependencia externa forma parte del mundo real y que las medidas impuestas por las actuales políticas neoliberales impiden que la región pueda desarrollarse desde su propio seno. Puede haber crecimiento económico, y de hecho lo hubo en el MERCOSUR durante la década pasada, pero no desarrollo en su sentido más amplio. El crecimiento económico se asocia con los cambios macroeconómicos que permiten aumentar la capacidad para generar capital, mientras que el desarrollo implica un proceso constante y acumulativo de

transformación de la estructura económica y de la sociedad en su conjunto, lo que debería derivar en un mayor bienestar material para la población, mejores condiciones de vida y un aumento de la participación social y política de los ciudadanos, tal como recoge Francisco García Pascual (1999).

La construcción de un mercado común entre los cuatro países firmantes del MERCOSUR fue concebida como un proceso basado en la liberalización comercial. Sólo así puede comprenderse que los aspectos productivos y la coordinación de políticas macroeconómicas y sectoriales fueran definidas como objetivos, pero sin otorgarles el carácter de condicionantes de los avances del proceso. Esta reducción a las cuestiones mercantiles ha provocado agudos desequilibrios comerciales y diversos conflictos entre los países miembros que en varias ocasiones han estado cerca de desintegrar el MERCOSUR mediante la resurrección de los viejos mecanismos proteccionistas entre Argentina y Brasil.

De todo ello se deduce que la integración comercial de los países del MERCOSUR, como parte del proceso global de mundialización, puede llevarse a cabo sin mayores problemas sólo con el establecimiento de la libre circulación de bienes y servicios, la eliminación de aranceles y barreras no arancelarias y la adopción de un arancel externo común. Por el contrario, una integración regional no debería reducirse a estas cuestiones, ya que la culminación de un mercado común también exige un compromiso social y cultural por parte de los Estados que busque la eliminación progresiva de las desigualdades, el bienestar y participación democrática de los ciudadanos y la consolidación de la dimensión cultural de los pueblos que se acercara al viejo sueño bolivariano de una unión latinoamericana, tal como recoge el propio Tratado de Asunción y nos invita a proceder Horacio Capel (1998 a; 1998 b) ante la necesidad perentoria de adaptarse a la mundialización, aunque sin perder nunca de vista el horizonte de la propia identidad ni olvidar la auténtica dimensión política y cultural de la cooperación, la asociación y la solidaridad.

Según la realidad percibida y la evolución de los acontecimientos, el MERCOSUR debería tal vez renunciar al

espejismo de un librecambio con cualquier bloque económico-comercial, sea la UE o el futuro ALCA, que sólo sirve para enriquecer a las empresas transnacionales y las oligarquías locales, y centrar sus esfuerzos en profundizar su integración política, socioeconómica, laboral, cultural y ambiental para ampliarla después al resto de América Latina, y en proteger a sus productores mediante una “preferencia latinoamericana” similar a la que inspiró la Política Agrícola Común (PAC) cuando se creó la UE.

BIBLIOGRAFÍA

AA.VV. (1997): *El MERCOSUR: perspectivas de un bloque emergente*, Instituto de Relaciones Europeo-Latinoamericanas, Madrid.

ABADÍA, Tomás (1997): “Los intercambios comerciales agrícolas entre la Unión Europea y América Latina”, en Manuel GONZALO y Jaime LAMO DE ESPINOSA (dirs.), *Oportunidades para la inversión y el comercio agroalimentario español en América*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, pp. 285-303.

ALONSO, José María et al (1996): *Se nos vino el MERCOSUR. Los trabajadores en el proceso de integración*, FESUR-CIEDUR, Montevideo.

ARCE, Gustavo, ROCCA, José Antonio y TAJAM, Héctor (1994): *Liberalismo, MERCOSUR y el Jardín de las Transnacionales*, FONDAD, Montevideo.

BACIC OLIC, Nelson (1992): *Geopolítica da América Latina*, Editora Moderna, Sao Paulo.

BAYARDO, Rubens (1997): “MERCOSUR: globalización versus integración regional”, *Cuadernos de Marcha*, 127, pp. 17-20.

BUXEDAS, Martín (1994): *MERCOSUR y TLC. Convergencias, divergencias y negociación*, FONDAD-URUGUAY, Montevideo.

CAPEL SÁEZ, Horacio (1998 a): “Algunas preguntas y reflexiones sobre globalización y crecimiento endógeno”, *Trimestre Geográfico*, 17, pp. 3-22.

CAPEL SÁEZ, Horacio (1998 b): “Una Geografía para el siglo XXI”, *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* (www.ub.es/geocrit/sn-19.htm), 19, 11 pp.

CORREIA DE ANDRADE, Manuel (1999): *Imperialismo e fragmentação do espaço*, Editora da Universidade de Sao Paulo, Sao Paulo.

GARCÍA PASCUAL, Francisco (1999): “Crecimiento sin desarrollo. Análisis de la evolución socioeconómica de América Latina entre 1980 y 1998”, en Víctor BRETÓN, Francisco GARCÍA y Albert ROCA, A. (eds.), *Los límites del desarrollo. Modelos “rotos” y modelos “por construir” en América Latina y África*, Icaria, Barcelona, pp. 85-137.

HORTON, John S. (1997): "Financiación de proyectos agroalimentarios en América Latina", en Manuel GONZALO y Jaime LAMO DE ESPINOSA (dirs.), *Oportunidades para la inversión y el comercio agroalimentario español en América*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, pp. 319-332.

MORO, B. (2002): "Una recolonización llamada Plan Puebla-Panamá", *Le Monde Diplomatique* (edición española), 86, diciembre, pp. 6-7.

PÉREZ LAPAZARÁN, José-Cruz (1997): "Comercio e inversión de España con América", en Manuel GONZALO y Jaime LAMO DE ESPINOSA (dirs.), *Oportunidades para la inversión y el comercio agroalimentario español en América*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, pp. 427-435.

PETRAS, James (2002): "La ofensiva de los EE.UU. en América Latina: golpes, retirada y radicalización", *Rebelión. Periódico Electrónico de Información Alternativa* (www.rebelion.org/), 13 de marzo de 2002.

QUARTINO, Jorge et al (1992): *Sur, MERCOSUR y después*, Túpac Amaru Editorial, Montevideo.

RICHARDS, D. G. (1995): "Regional Integration and Class Conflict: MERCOSUR and the Argentine Labour Movement", *Capital and Class*, 57, pp. 55-82.

RODRÍGUEZ, Juan Manuel (1995): *El MERCOSUR después de Buenos Aires. La última oportunidad*, Fundación de Cultura Universitaria y Centro Uruguay Independiente, Montevideo.

SEGRELLES SERRANO, José Antonio (1999 a): "Globalización, capitalismo y comercio agroalimentario entre el MERCOSUR y la Unión Europea", *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* (www.ub.es/geocrit/sn-49.htm), 49, 22 pp.

SEGRELLES SERRANO, José Antonio (1999 b): "Viejas ideas, nuevas estrategias: una reflexión sobre el MERCOSUR y la mundialización de la economía", *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* (www.ub.es/geocrit/sn-45-11.htm), 45 (11), 13 pp.

SEGRELLES SERRANO, José Antonio (2002): "Integración regional y mundialización. Una reflexión sobre los casos del Mercado Común del Sur (MERCOSUR) y del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) desde una perspectiva europea", *Terra Livre*, 18, pp. 63-74.

SIMONSEN ASSOCIADOS (1998): *Mercosul. The Big Emerging Market*, Makron Books do Brasil Editora, Sao Paulo.